

Julien Gracq

EL REY COPHETUA

Traducción del francés

Julià de Jòdar

Prólogo

Jesús Ferrero

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2010

Título original francés: *Le roi Cophetua*

© de la obra: Librairie José Corti, 1970

© de la traducción: Julià de Jòdar, 2010

© del prólogo: Jesús Ferrero, 2010

© de la traducción del poema «La mendiga»:
María Eugenia Frutos, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Lope de Rueda, 3, 6.º C. 28009 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: octubre de 2010

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-0-4

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Cuando rememoro la época en que se acababa mi juventud, nada me parece más opresivo, más perturbador, que el recuerdo de los meses en que maduraba, sin comprenderlo aún, la resolución de la guerra de 1914. Con sus capotes azules de polisón, con los faldones plegados y abotonados en forma de triángulo por una intendencia cuidadosa con las rodilleras, con sus máscaras de hocico y la recua raída y terrosa de sus soldados de permiso, que brindaban invariablemente con las panzas de sus cantimploras azules —una suerte de parias de las trincheras, bardados con sacos de patatas, que hablaban la jerga de las gentes de Flandes que descienden del norte para la campaña de la remolacha—, aque-

llos tiempos quedan sumidos, ahora que el modernismo recobra cierto timbre de nobleza entre nosotros, en uno de esos *entredoses* de la moda no admitidos aún en el museo del traje y que semejan deslucidos y olvidados maniqués de escaparate. Por aquel entonces, en las grandes llanuras cenagosas del nordeste, en lugar de sobresalir del suelo, las remolachas se hundían profundamente en él, pero la Francia cabalmente campesina y pechera de 1917, que continuaba removiendo por menudo, contra viento y marea, la arcilla antes de hundirse en ella, conciliaba a trancas y barrancas su índole rutinaria con una guerra tan sumamente rústica, mezquina y estancada como ella misma. En 1917, al modo del gesto agosto del sembrador y al modo de las carretas vinosas de la vendimia, sencillamente —año tras año—, la guerra seguía removiendo briosamente la tierra a grandes paletadas sin enfrascarse en inútiles justificaciones: era incluso lícito preguntarse si alguna vez había empezado. Vista por detrás, a través de la bien engrasada mecánica de sus relevos, de sus

visitas de alcaldes a las familias, de sus sangrías periódicas al pequeño ahorro, de sus meticulosos comunicados, que ganaban o volvían a perder, en horas fijas, y de semana en semana, un bosquecillo o una caduca parcela de colza, aquella guerra tal vez careciese de perspectivas, pero proporcionaba el magro pasar que un hombre necesita para ir tirando: una imagen aceptable del orden, de la estabilidad.

Con todo, el transcurso de los años acarreó fatiga, una fatiga aplastante como la de un soldado de infantería que se duerme durante la marcha y la inercia le hace proseguir unos pasos, con el cerebro repleto ya de sueños. En el invierno de 1914 me hirieron en la refriega de Flandes y luego me declararon inútil; tras recuperar mi puesto de periodista parlamentario, en aquellos momentos me sentía capaz de saber algo más acerca de aquellos sueños de lo que decían los periódicos, más densamente cuarteados de blanco por la censura a cada mes que pasaba, como una vieja manta de hospital. Los motines de aquel verano se habían acabado sin que

el absceso hubiera sido desbridado: cualquier semana podían prender de nuevo. Desgastado, el ministerio agonizaba; en los pasillos de la Cámara lo daban por muerto. En la lejanía, la Rusia de Kerensky se arremolinaba insondablemente por las calles enlodadas de Moscú y de Petrogrado, igual que las hojas antes de la tormenta; al contemplar las fotografías de calle publicadas en los periódicos, donde la multitud, reventada bajo las salvas, formaba constelaciones como el núcleo de un cometa, como una limalla imantada, no se descifraba en ellas más que una tensión molecular de una especie desconocida, pero ninguna clave permitía interpretarlas: era como la imagen, silenciosa aún, de una explosión lejana cuya onda de choque no nos hubiese alcanzado. Por primera vez, se percibía confusamente que aquella enorme matanza de interés cantonal iba a concluir en algo que no se limitaría a izar la bandera tricolor en la aguja de la catedral de Estrasburgo. Cuando la tregua de los primeros fangos adormecía el frente, hubiérase dicho que

el alma, triturada por el choque harto prolongado de imágenes desagradables, deteriorada por años de violento martilleo, se abría por completo a los presagios como un remedio de la esperanza para salir del paso e intentaba descifrarlos a través de las nubes que se desgarraban. El choque decisivo aún estaba por llegar: se le esperaba en primavera, pero aquella última estación de vigilia que descendía con las lluvias de noviembre estaba poblada de penas fatigas, de sueños proféticos y sin alegría, que ascendían a la tierra removida sin darle calor, como una aurora de las trincheras.

Al dejar París por la Gare du Nord, en aquella tarde de Todos los Santos, a través de las cortinas de agua que el viento arrojaba sobre las fábricas y los huertecillos obreros, lo único que atraía la vista de un sitio a otro eran los cementerios de las afueras, semejantes a enormes tumultos florales que rompían, absorbían aquí y allá la lluvia oscura: anegados, rayados, barrados, erizados de banderas tricolor, con la muchedumbre vestida con ropas mal

teñidas y moviéndose lentamente entre los macizos como una corriente de hollín, moteada de azul celeste, punteada ocasionalmente por la mancha blanca de un velo de enfermera, perforada por tenues claros que se desplazaban con los triciclos de los mutilados. Jamás los muertos civiles más enmohecidos, más olvidados, fueron mejor engalanados, más visitados, más cálidamente arrullados que en los grandes Días de los Difuntos de aquellos años: ahogados por poderes bajo la estrepitosa marea que un dique de hierro impedía estrellarse sobre las trincheras, era como si rejuveneciesen. Más adelante, al llegar a la periferia, aquellas zarzas que parecían arder sobre el agua se apagaron; la tricolor se fue espaciando, en deslavazadas evocaciones, sobre las garitas de los guardavías que patrullaban las barandas de los puentes, perdidos en la lluvia con el cuello del capote alzado contra el torvo aguacero, y así alcanzamos la campiña, la sombría campiña del norte jalonada de estaciones de piedra moleña con dos pabellones, cuyos andenes

parecen más anchos y vacíos que en cualquier otro lugar en cuanto la muchedumbre de los hipódromos los ha desertado.

Me hallaba a solas en mi departamento —casi solo, al parecer, en todo aquel tren de cercanías monótono y ocioso— y las perspectivas de la jornada que se abría ante mí en la campiña cada vez me parecían menos atrayentes. La luz empezaba muy pronto a declinar —una bonanza sin color se deslizaba por el horizonte del Oeste bajo el cielo nublado, reavivando aquí y allá el espejo de los charcos que anegaban los labrantíos— sobre las carreteras, el viento perseguía enjambres de hojas arrancadas. Dejé de contemplar el paisaje que discurría ante mis ojos sin moverse, con su color de grafito y de corteza húmeda, y hojeé un rato los periódicos que había comprado en la estación. La aviación francesa había bombardeado durante la noche los cuarteles de Kaiserslautern. A través de los recatados circunloquios de los corresponsales de prensa, no cabía duda de que la situación en Rusia se estaba agravando. El frío

húmedo penetraba en mi compartimiento por el cristal mal ajustado; me acurruqué, me arrebujé en mi abrigo y caí en una suerte de somnolencia. Me imaginaba Petrogrado: la marea coagulada de sus banderas rojas súbitamente ennegrecidas por las primeras nieves, los pasos de millones de botas pesadas girando como un cuartel enloquecido, pisoteando la nieve fundida amasada con hojas de periódico. Un rodeo por las marismas del Yser me devolvió al invierno oscuro del frente que comenzaba: había reemprendido la vida civil, los recuerdos de los combates me parecían de otro mundo, pero a cada retorno de las lluvias otoñales, a mi pesar, aún *olía* las trincheras, como un reumático siente sus articulaciones. El frío húmedo me sujetaba otra vez por los puños; el tren, que no devolvía a nadie al frente, se demoraba en cada estación interminablemente. Era casi imposible imaginarse un lugar, un día más lúgubres; me parecía que la tierra entera se enmohecía lentamente en la mojadura esponjosa, que se sumía conmigo en un cenagal de pesadilla del mismo color

que esos marjales anegados donde flotan animales muertos panza al aire. De vez en cuando, sin embargo, una onda de curiosidad, una llamita cálida, perforaba aquella humedad de diluvio; pensaba que iba a encontrarme de nuevo con Jacques Nueil.

Conocía poco a Nueil. En los años que precedieron a la guerra, coincidimos a intervalos irregulares: en la platina de un diario donde había ejercido por un tiempo de crítico musical; en salas de conciertos; en festivales de aviación sobre algún campo requemado de las afueras, adonde a veces me llevaba —provisto de anteojos, enfundando guantes largos, engullido por su gabán de uniforme— a bordo de uno de esos *coupés* sumamente distinguidos que prestigian a un museo del automóvil. Nueil cambiaba de modelo cada año. En mi recuerdo, su silueta se agitaba con el movimiento de la calle de París que lo había arrojado casi siempre de improviso sobre mí como una puerta giratoria, con el aire trepidante del verano por la carretera de Dauville, donde los primeros vehículos rápidos arrastraban su

rastro de gasolina quemada entre los manzanos. La guerra no había puesto punto final a aquella amistad naciente y algo descuidada, blandamente trabada, que, sin embargo, revivía y se avivaba en remolino, como un echarpe en una corriente de aire. De vez en cuando, recibía breves misivas suyas, irónicas, muy afectadas, no corroídas por el tono del frente de batalla, parisienses hasta el tuétano. La aviación de caza había reclutado sus primeros pilotos entre aquellos *sportsmen* de 1910 —un tanto anglómanos, un tanto esnobs, que hablaban entre sí una lengua secreta, introducidos en la era del motor como se profesa una religión— que surcaban la Francia indígena como precursores de una fauna exótica, alrededor de la cual creaban el vacío con sus bramidos y su olor. Pero Nueil había sobrevivido hasta entonces, destinado temporalmente, tras un accidente de aterrizaje, en una de aquellas escuadri-llas *Voisin* de bombardeos nocturnos que lanzaban a grandes intervalos sus bombas sobre las estaciones y fábricas del Palatinado sin causar estragos de consi-

deración. Cada vez que abría una de sus cartas, me alcanzaba el rostro una ligera bocanada cálida. Me asaltaba entonces el recuerdo —preciso— de una época desaparecida —la de antes de la guerra—, de veranos más luminosos que de ordinario, en los que ya libaban débiles insectos de tela y de madera singularmente anticipadores, pero joven, alegre, oreada, azarosa, *despegada* como ninguna otra, donde las carreteras de Francia jamás se abrieron tan lozanas, y que aún revive en mí, misteriosamente descabalada, tanto en los poemas de Apollinaire como en el sarcasmo de Arsène Lupin o en el recién aparecido *canotier*, ladeado sobre el ojo, de Maurice Chevalier.

Había otro Nueil a quien conocía poco: el compositor que ocultaba su música y del que, pese a ello, se empezaba a hablar entre un público muy diferente del de los *looping the loop*; el hombre que se enclaustraba durante largos períodos de trabajo en la quinta de la periferia donde iba a encontrarme con él por primera vez. Su telegrama me invitaba a reunirnos en su casa, donde un breve permiso debía

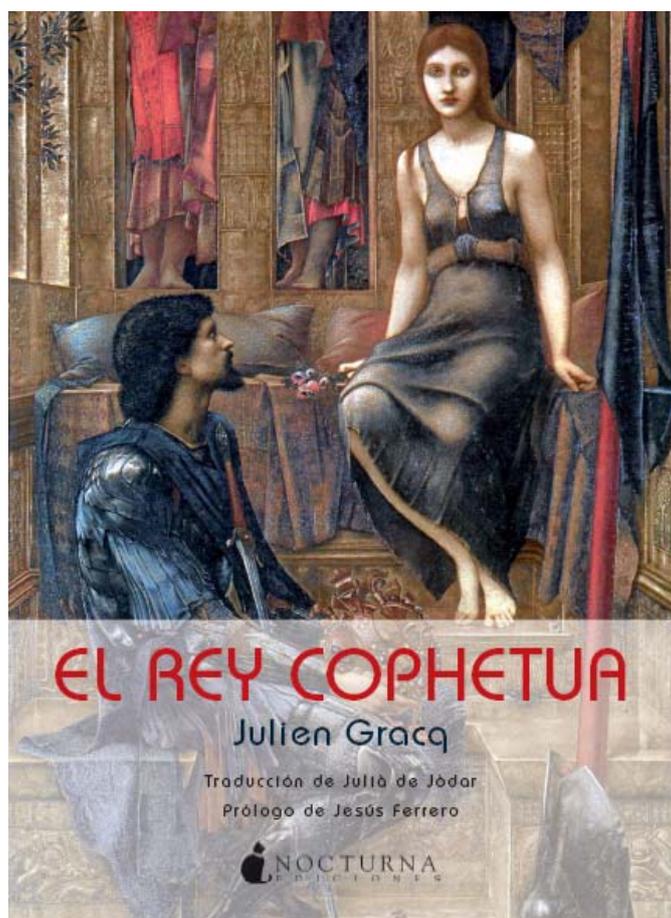
traerle por la tarde de la festividad de Todos los Santos. Extraje del bolsillo el rectángulo azul, ya arrugado, y comprobé una vez más la fecha de nuestra cita: en él hallé ciertos rasgos de aquel humor sombrío que no le era ajeno. Me pregunté por primera vez si Nueil vivía a solas en su quinta secreta. Eché un vistazo por la ventanilla: un aguacero descargaba sobre la oscura campiña. El tren circulaba entre los árboles, penetraba en la sarta de bosques que bordea el Valois, y, a pesar de la lluvia, el despliegue del antiguo monte alto real por donde la vía se deslizaba entre una hoja de follaje, me permitió respirar con más holgura; habiendo dejado atrás la baraúnda parisiense, cruzábamos aquellos bosques majestuosos y vacíos que servían de parapeto contra las avanzadillas de la vida civil a modo de pantalla insonora algo iniciática, tras la cual el oído ya se preparaba, se aguzaba a tientas para *otro* ruido. La guerra refluyó de nuevo sobre mí desde el fondo del horizonte de lluvia, e hice el gesto irritado de quien se sacude una avispa.

SIGUE LEYENDO

A la venta: 11-10-2010

EL REY COPHETUA

Julien Gracq



 **NOCTURNA**
EDICIONES